

Fernán González González, S.J, Mención de Honor Alejandro Ángel Escobar en Ciencias Sociales y Humanas en 2004 y 2015, Jurado de los Premios en varias ocasiones y, amigo de Camila Botero Restrepo, quien hablo de la amistad y del vínculo de Camila con la academia.

Homenaje a Camila Botero,

Noviembre 30 de 2020

En primer lugar, quiero empezar por agradecer a los organizadores de este homenaje, en particular a Verónica Hernández, el privilegio y el honor que me han otorgado al invitarme a clausurar este evento, en mi doble condición de sacerdote jesuita y amigo y colega de Camila Botero, con la cual tuve la oportunidad de compartir espacios en las dos dimensiones, que, normalmente, tanto en su caso como en el mío, corresponden a espacios y públicos diferentes.

Así, tuve la oportunidad de compartir con ella espacios de fe, en las celebraciones eucarísticas con las que acompañábamos, en su lecho de enferma, a doña María Restrepo de Ángel, la madre fundadora de la Fundación Alejandro Ángel Escobar. En esas ocasiones nos apoyaba siempre Sonia Cárdenas, su inolvidable amiga y colaboradora.

Y también tuve la ocasión de conocer de cerca las labores de Camila en la Fundación, que me distinguió como investigador en Ciencias Sociales en dos ocasiones: en 2004, con una mención honorífica a mi libro *Violencia política en Colombia. De la nación fragmentada a la construcción del Estado*, y en 2011, cuando mi libro *Poder y Violencia* fue declarado como obra fuera de concurso, con un reconocimiento especial a mi vida y obra. Además, en dos ocasiones, fui escogido como jurado de los premios de Solidaridad de la Fundación

Fue, precisamente, esa participación la que me permitió conocer más de cerca uno de los aspectos más relevantes de la personalidad de Camila, a la que había conocido antes como colega profesora de ciencia política en la Universidad de los Andes: su sentido de inmensa solidaridad con los menos favorecidos de la sociedad colombiana, pero también su compromiso profundo con la construcción de una sociedad más democrática e igualitaria, concretados ambos en el apoyo a grupos solidarios con los problemas de la sociedad colombiana pero también a grupos dedicados a la investigación en las variadas áreas de la ciencia-

Así, mi participación como jurado de los premios de solidaridad me hizo descubrir, gracias a Camila, la existencia, muchas veces insospechada, de una Colombia generosa y fraterna, expresada en centenares de grupos y organizaciones, que buscaban, de maneras diversas, la construcción de una nueva sociedad, más allá de las polarizaciones entre buenos y malos, que normalmente predominan en la

opinión pública, basada en el reconocimiento del OTRO, del distinto, del marginado, del desfavorecido.

Ese llamado a la solidaridad, que nos dejó Camila como su legado, me hizo recordar algunos aspectos de la encíclica más reciente del papa Francisco, dedicada precisamente a la fraternidad y asistencia social (*"Fratelli tutti", Todos hermanos*), que parte de la parábola evangélica del Buen Samaritano, para elaborar su reflexión, no solo religiosa sino también política y social: el papa toma la actitud de aquel extranjero, de un pueblo enemigo de Israel, que fue solidario con la víctima de la violencia, en contraste con la evasión del sacerdote y el letrado, cuyo desinterés frente al abandonado, eran signos, según el pontífice, de una sociedad enferma como la actual.

Según el papa Francisco, el modelo del Buen Samaritano constituye una invitación para hacer resurgir nuestra vocación de ciudadanos, tanto de nuestro país como del mundo entero, para asumir nuestra vocación de constructores de un nuevo vínculo social y creadores de un nuevo orden político y social. Esa vocación, que me hace recordar la dedicación de Camila a la solidaridad y el apoyo a los demás, parte, según el pontífice, del esfuerzo de hombres y mujeres solidarios con la fragilidad de los demás, que solo se hace posible desde un amor que supere las diferencias que los seres humanos hemos creado entre nosotros.

Para los creyentes de nuestra tradición judeocristiana, ese amor solidario tiene su origen en el mensaje de un amor fraterno universal, que nos dejó como mandato el Señor Jesús, acompañado, además, de una invitación a hacer memoria de Él, de su vida, muerte y resurrección, cada vez que compartimos el encuentro con la Palabra, el Pan y el Vino en nuestras celebraciones eucarísticas, pero que puede extenderse a todos los actos humanos que compartimos con los demás, en el amor y la solidaridad.

Por eso, cuando yo celebro la eucaristía por un hermano nuestro difunto, comienzo por recordar que toda misa es una ACCION DE GRACIAS (que es lo que significa, textualmente, la palabra eucaristía), para insistir siempre en que lo que motiva nuestro encuentro no es la muerte, la ausencia y la nostalgia de un ser querido que ya no está físicamente con nosotros, sino que es la VIDA de un ser que compartimos y seguimos compartiendo más allá de nuestra separación en el espacio y el tiempo

Esto hace que reitere siempre que el motivo de nuestro encuentro es la ACCIÓN DE GRACIAS por la vida que compartimos, no solo en la memoria y el recuerdo, sino en la presencia actuante de los hechos de esa persona en nuestras vidas, que, manifiesta, para los creyentes, la presencia del amor de Dios en nuestras vidas, y, para los no creyentes, el testimonio generosa de la solidaridad humana con los

demás seres humanos, sus semejantes, a partir de un amor humano que traspasa las fronteras-

A Dios no lo conocemos directamente, sino que vislumbramos su presencia en los amores cotidianos de nuestra existencia, como el amor de nuestros padres, el amor de los esposos, la amistad de nuestros seres queridos, que nos permiten adivinar el misterio de un amor más grande que nosotros mismos, que vamos descubriendo, con mayor profundidad a lo largo de los años: el amor misericordioso de Dios como padre, hermano y fuerza espiritual en nosotros.

Por eso, el Dios de nuestra tradición judeocristiana no es un Dios lejano, que reside en los cielos y se desinteresa de nosotros, sino un Dios que comparte la vida de un Pueblo, el pueblo de Israel, en sus triunfos, pero especialmente en sus derrotas, cuya amarga experiencia lo lleva a soñar con la figura de un mesías salvador. Para los cristianos, esa figura se realiza en la persona de un Dios, que se encarna en la vida humana, planta su tienda entre nosotros y comparte las vicisitudes de nuestra existencia humana, en el dolor, la vida y la muerte, para enseñarnos que a Dios lo encontramos en la vida compartida, en el amor sin fronteras, eficaz y solidario, del que nos dejó testimonio nuestra querida Camila-

Así, estas reflexiones, nacidas desde la fe que ilumina nuestra existencia, pero que también pueden surgir por la solidaridad entre los seres humanos, me llevan a concluir que la vida entera de nuestra amiga y compañera de luchas, Camila Botero, es una invitación a sumarnos a su herencia, a su llamado a la solidaridad con los más débiles, a su compromiso por la construcción de una Colombia mejor, más igualitaria y democrática, donde quepamos todos. Solo así podrá la incansable Camila descansar en paz. Pero, también es una invitación a dar gracias a Dios por lo que significó Camila en nuestras vidas.